Las plazas mayores mexicanas

DE LA PLAZA COLONIAL A LA PLAZA DE LA REPÚBLICA

Eulalia Ribera Carbó
(COORDINADORA)

PRÓLOGO
"UN ABREVIADO EPÍLOGO DE MARAVILLAS"

Eulalia Ribera Carbó

I

No es la primera vez que le tomamos prestada la frase a Juan de Viera. En su *Breve y compendiosa narración de la ciudad de México* de 1777, el cronista poblano anima con ella al lector a seguir su descripción al interior de la plaza de la capital del virreinato: entremos, nos dice, "es un abreviado epílogo de maravillas".[1] Tenía razón. El lugar no podía dejar indiferente a nadie en esos años. Sus grandes proporciones, el perímetro enmarcado por la imponente catedral y la extraordinaria fachada barroca del Sagrario, la extensión y solidez del palacio virreinal, el Cabildo y los portales, la fuente en ochavo con su taza de bronce coronada por un águila de alas a medio desplegar creaban un cuadro magnificente. El gentío que pasaba por ella, el movimiento en los numerosísimos puestos con sus montones de frutas, hortalizas, semillas, carnes, pescados, y los del Baratillo Chico y el Baratillo Grande con dulces, trastes, utensilios, ropa vieja, instrumentos; los compradores y comerciantes que entraban y salían de El Parián y trajinaban por los portales; todo hacía vibrar a la plaza con su colorido y una agitación constante.

Pero la *maravilla* estaba, aún quizá sin pensarlo así Viera, en la esencia misma de aquel espacio central que aglutinaba a los máximos exponentes arquitectónicos del poder religioso, civil y económico, y reunía a todos los sectores de una sociedad jerarquizada y compleja. Aquella Plaza Mayor, como todas las plazas mayores de México, era la máxima expresión de un proyecto urbano y un orden sociopolítico. Era, efectivamente, un *epílogo*

[1] *La ciudad*, 1983, p. 105, y Viera, *Breve*, 1992, p. 27.

de historia y de arte, que remontaba a las utopías renacentistas que habían querido hacerla geométrica, armónica y hermosa, pero que pasaba por la realidad descarnada de un pequeño territorio en disputa permanente.

Las plazas mayores mexicanas se las disputaban quienes querían hacer de ellas la escenografía gubernativa, quienes querían sacarles provecho económico y quienes se las adueñaban con los trajines de la vida diaria. Desde hace 500 años las plazas mayores mexicanas han sido el sitio privilegiado para el discurso del poder y el lugar predilecto para la apropiación colectiva del espacio público.

Sabemos que el modelo de las ciudades fundadas por los españoles en América en pocos casos aprovechó las estructuras preexistentes de las grandes plazas, que dentro de las ciudades prehispánicas eran parte de los escenarios ceremoniales cargados de simbolismos. Las plazas de los innumerables pueblos y ciudades que se fundaron durante las décadas que siguieron a la conquista fueron diseñadas para ordenar, a la manera de un núcleo rector, la trama cuadriculada, facilitando el reparto de solares y el control territorial con las calles que salían de ellas tiradas a *regla y cordel*. Sirvieron para eso, y también para crear en ellas, como quien monta una escenografía teatral, la máxima expresión de las nuevas estructuras sociopolíticas y administrativas impuestas a sangre y fuego a los habitantes originarios de estas tierras. El *tianguis* indígena colocado en las plazas mayores obligaba a los indios a entrar a vender los productos del campo al corazón de las ciudades construidas para los españoles y a mirar la fábrica de la iglesia, la del Cabildo, los edificios de otras instituciones de gobierno cuando las había, los portales del comercio establecido y las casas de quienes ocupaban el más alto rango en el escalafón social. Era una vista elocuente.

Muy pronto, la *traza*, que se había proyectado exclusivamente para la población peninsular y sus descendientes, fue también ocupada por los indios y castas que desde sus pueblos y barrios periféricos entraban a servir en las casas o a avecindarse cuando habían prosperado en algún gremio o ramo del comercio. Los tintes se corrieron, las ciudades se hicieron mestizas aunque cada quien tuviera su lugar en la estricta y estamentaria sociedad colonial. En las plazas mayores el espacio urbano parecía ser de todos y servía para todo. En su explanada estaba la fuente con la que se abastecía la gente, la horca y la picota recordaban las leyes y el castigo, la mercadería arremolinaba a vendedores y a compradores y, como en cualquier mercado, buscaban su suerte por ahí pícaros, maleantes y vagos. Los *léperos* se cruzaban con las señoras y sus criados. La gente entraba y salía de la iglesia por la

plaza, y en ella se montaban grandes tinglados para celebrar coronaciones en España, para recibir a virreyes, obispos y arzobispos, para festejar nombramientos importantes o a los santos patronos. En la plaza se corrían toros, se gritaban los pregones, se anunciaban los bandos y se manifestaban las contriciones devotas al paso del viático o durante las procesiones de las fiestas de guardar. Aflicción y júbilo, homenaje y penitencia, trabajo y ocio, belleza y suciedad; todo se fundía en el espacio abierto y recogido a la vez de una plaza mayor mexicana, formando en su síntesis el axioma de la vida urbana.

Pero los tiempos corrían y las ideas cambiaban. Y como las ciudades son construcciones sociales, territorios sobre los que los hombres organizados económica y políticamente ejercen su soberanía, se reflejan en ellas las formas de pensamiento y las maneras de gobernar. Fue así como el racionalismo del siglo XVIII y el despotismo monárquico de reyes ilustrados se fue colando en las plazas mayores queriendo cambiar apariencias y funcionamientos. La plazas no sólo eran los centros neurálgicos de los pueblos, villas y ciudades, eran también su fachada principal y, siendo así, la afluencia irrestricta, el amontonamiento de puestos y mercancías, la mugre y el "desorden" se volvieron intolerables para los nuevos administradores del gobierno. Limpiar, despejar, empedrar parecían el objetivo último, aunque el saneamiento y la belleza eran la punta de lanza del avance del poder absoluto de la corona sobre las plazas, que le peleaba fueros a los ayuntamientos y a la Iglesia, y disputaba usos consuetudinarios a los habitantes locales. Estatuas, obeliscos o columnas podrían glorificar la figura del monarca en el centro de una plaza impoluta y desembarazada de estorbos y suciedad, y los ejércitos podrían hacer ejercicios en ellas desplegando orden y grandeza. Las *plazas mayores* se convertían en *plazas de armas.*

Algunos proyectos –pocos– tuvieron éxito y lograron expulsar mercados, sacar cementerios de los atrios, empedrar e instalar monumentos. La inercia y las prerrogativas de los hábitos seculares no son fáciles de torcer. Sin embargo, la senda de la modernidad ilustrada estaba señalada y las ideologías de los nuevos programas políticos y administrativos harían su entrada lenta o intempestivamente. Las *plazas de armas* fueron *plazas de la Constitución* cuando hubo que ser liberal y regirse por las leyes de Cádiz; después, sacudido el yugo colonial y mexicanas ya, fueron por decreto *plazas de la independencia.* De ellas se eliminaron ornamentos reales y esculturas borbónicas.

Aunque la gran sacudida revolucionaria de la independencia no alterara radicalmente y de golpe las costumbres inveteradas de la vida de cada día en las plazas, que siguieron siendo llamadas mayores, principales o de

armas, la reestructuración del espacio placero estaba anunciada y no tenía vuelta atrás. A pesar del estrecho margen de maniobra que significaron los vacíos de poder, la estrechez absoluta de los presupuestos, los vuelcos políticos, la violencia y las guerras de ocupación extranjera durante las que parecieron unas interminables décadas del siglo XIX, hubo algunas intervenciones encaminadas a la rectificación higiénica, la modificación estilística, el ordenamiento social y la imposición de la razón de Estado. Uno que otro mercado salió, fueron clausuradas muchas necrópolis de los atrios parroquiales y edificado en la plaza de la ciudad de México un zócalo de gran trascendencia toponímica, independientemente de que nunca se instalara sobre él la obra de arte correspondiente.

Finalmente terminaron las zozobras bélicas e invasoras que amenazaban la integridad soberana de la nación, con la victoria última de los ejércitos republicanos en 1867 y la simbólica devolución a Europa del cuerpo embalsamado del emperador austrohúngaro impuesto por Francia. La soberanía nacional fue definitivamente restablecida y los políticos liberales, encabezados por el presidente Benito Juárez, pudieron emplearse a fondo en la consecución de la legislación reformista a la que habían dado cuerpo años atrás. Se avecinaban tiempos de estabilidad política y crecimiento económico, en un México que rápidamente se iría insertando en el orden mundial como un país exportador de materias primas, y que abriría sus puertas de par en par a capitales extranjeros dispuestos a invertir en el comercio, la industria, los servicios, la obra pública, el ferrocarril, la electricidad.

Con un reforzado control político, más dinero en las arcas gubernamentales y unas oligarquías mejor dispuestas a invertir en una imagen urbana renovada y a la altura de los vientos de "progreso" que soplaban, los intentos por rehacer las plazas mayores encontrarían un camino más fácil e incorporarían nuevos paradigmas de ornato, modernidad tecnológica y civilidad ciudadana. En los espacios desembarazados de mercaderías no se podría ya circular libremente, y se acabaría la posibilidad de disponer grandes tablados, armazones y cobertizos para celebraciones. Las plazas se poblarían de flores y de árboles, entre los que se dispondrían calzadas que irían a converger en una fuente ornamental, o en un kiosco metálico o de madera en el que arraigaría la costumbre, convertida enseguida en tradición, de las deleitosas serenatas. Las viejas plazas coloniales, las plazas de armas, se transformaban en un paseo amueblado con bancas, con farolas que primero mal alumbraban en reverberos de sebo o de petróleo, y después daban gusto con la iluminación de luces de arco y luces incandescentes. La gente, a quien las plazas mayores

siempre habían convocado para atender oficios religiosos, para comprar, para buscar agua, para escuchar pregones y enterarse de lo que acontecía, para festejar con grandes montajes teatrales y taurinos, acudía ahora para pasar el tiempo libre sentada con calma a la sombra, encontrándose con unos, viendo pasar a otros, platicando, contemplando los juegos de los niños, enamorándose, escuchando los sonidos cadenciosos de una banda.

La música ya no sería privilegio casi exclusivo de la iglesia o de quienes podían disfrutarla en salones privados o elegantes teatros. Los cuerpos filarmónicos, que se organizaron como camarillas políticas y como expresión del jacobinismo anticlerical una vez restaurada la república, llevaron las canciones populares, las marchas, los himnos y las melodías de moda, uno, dos o cada día de la semana a las plazas mayores de México. Los jardines y el comportamiento en ellos debían ser la expresión del proyecto de ciudadanía. El parque público era un pequeño paraíso para todos, pero en él se debían aprender normas de roce social y respetabilidad. En la retórica de una naturaleza acotada, podada, y bien combinada en sus colores y aromas se leía un sentido de orden y de refinamiento al que era fuerza rendirse. Las autoridades podían "vigilar" mejor la disciplina social, y la estatuaria y los monumentos de inspiración clásica, de personajes importantes de la historia, pero sobre todo de próceres de la patria que se instalaron prolíficamente en las plazas mayores, educaban en la nueva identidad nacional.

La urbanidad republicana y laica tuvo su escenografía principal en las antiguas plazas convertidas en jardines "civilizados", ajuarados y musicales. Los relojes públicos le disputaron el ritmo del tiempo a las campanas. Se procuró rehacer y magnificar los edificios circundantes que albergaban a las instituciones de gobierno; la consolidación del Estado liberal durante la dictadura del general Porfirio Díaz se hacía manifiesta en fachadas neoclásicas, en el crecimiento en altura de los edificios, en obras de fierro y en arquitecturas eclécticas que respondían al individualismo propio del liberalismo. El registro civil, la administración de correos, los bancos, teatros, hoteles, clubes y cafés se instalaban, si era posible, frente a la plaza, y si no lo era, lo más cerca que se pudiera.

No hay duda de que la transformación, con proyecto o sin él, fue exitosa. Pero la vocación de las plazas mayores se mantuvo incólume a pesar de la mudanza de ropajes y costumbres. Las plazas mayores siguieron siendo lugar principal para la escenografía del poder, siguieron siendo el lugar preferido de las fiestas populares, las celebraciones patrióticas y aun, por sus orillas, de los desfiles militares; siguieron recibiendo como primicias las

novedades tecnológicas, siguieron albergando el comercio establecido de los portales y el de los variopintos "puestitos" de venta callejera; y a pesar de la elegancia y el decoro que las autoridades locales pretendían para sus nuevos paseos aburguesados, las plazas siguieron convocando por igual, como desde los tiempos coloniales, a catrines y desarrapados.

Las plazas mayores habían modificado indudablemente su arreglo y apariencia. Pero las formas en que la sociedad se apropia y usa los espacios que habita no pueden cambiarse por decreto, como quien pone en marcha un proyecto urbanístico en una fecha y con un plazo determinado, así que para fines del ochocientos y durante buena parte del siglo XX, las plazas mayores continuaron siendo el centro neurálgico, el espejo del poder y, como dice Antonio Bonet Correa, un "resumen breve" de cada pueblo y ciudad. Porque "para que un pueblo cambie la manera de hacer y de vivir sus plazas hace falta que cambie toda su concepción y su forma de existir".[2]

II

Cuando los mexicanos viajamos por nuestro país y visitamos ciudades grandes o medianas, capitales importantes o pequeños pueblos de ámbito rural, no nos es difícil orientarnos. Ni siquiera hace falta ser un paseante preparado por conocimientos y lecturas previas, o un turista bien armado con una guía adecuada. Todos sabemos que lo que debemos hacer es preguntar por la Plaza de Armas, por el Zócalo o como se prefiera llamar a la Plaza Mayor de la localidad, y hacia allá dirigir los pasos. Y cuando hemos estado en ella, hemos entrado en su iglesia, hemos visto las fachadas del "palacio" y los edificios circundantes, nos hemos sentado en una banca del jardín o nos hemos tomado un refresco en algún café de los portales, ya podemos decir que conocemos tal ciudad o tal o cual pueblo. Hemos visto su "resumen breve". Breve y compendioso, pero, ¿no es más o menos así con las plazas de cualquier ciudad del mundo?, ¿acaso podemos hablar de una individualidad histórica de las plazas mayores de México?

Desde que los primeros centros urbanos se organizaron y se crearon los primeros aparatos de gobierno para someter por vía del tributo a las pequeñas comunidades agrícolas, las plazas se convirtieron en elementos principales en el trazado y en la vida de las ciudades. Igual da que hayan sido

[2] Bonet, *Urbanismo*, 1991, p. 177.

explanadas de mercado, ágoras para la discusión política, centros ceremoniales y festivos, escenarios para el ornato o simplemente espacios abiertos frente a una arquitectura notable. Desde el principio y hasta ahora constituyen elementos de vida pública y parte fundamental de los anales de las sociedades. En cada lugar y en cada momento las plazas cuentan la historia de una cultura, de una organización civilizatoria. Y en el caso de las nuestras se lee en ellas la historia de su origen renacentista, de su utilidad para la empresa conquistadora, de su mestizaje con la presencia mayoritaria y tan ineludible como imprescindible de los indios, de su transfiguración ilustrada y de su modernización "burguesa". Las *Ordenanzas de descubrimientos, nueva población y pacificación de las Indias* expedidas por Felipe II en julio de 1573, aquel extraordinario y primer tratado moderno de urbanismo, precisaban formas, dimensiones y articulación entre espacios y arquitecturas, pero llegaron cuando la obra estaba hecha y las plazas de las ciudades fundadas se contaban por cientos con una versatilidad infinita. Cada una siguió su propia dinámica y, sin embargo, el resultado fue un modelo casi único a pesar de su gran variedad. Hay una conformidad entre la diversidad social y morfológica. Sí, las plazas mayores de México, y quien dice de México puede decir también de Hispanoamérica, escriben una página singular, extensa, notable y magnífica de la historia urbana universal.

La historiografía no es escasa. Numerosas páginas se han abocado a esos espacios abiertos que con su sobresaliente papel de centralidad funcional y simbólica son emblemas de pueblos y ciudades. Plumas como las de Antonio Bonet Correa, Ramón Gutiérrez, Jorge Hardoy, Miguel Ángel Rojas-Mix, Antonio Rubial García, Jacques Lafaye, Robert Ricard, François Chevalier, Francisco de Solano o Fernando de Terán, entre algunas de las más notables de la academia, han dedicado su interés en algún momento a la reflexión sobre las plazas de este lado del Atlántico. Las plazas mayores han sido todas, y muchas aún lo son, sede de los máximos poderes civiles y religiosos locales, regionales o nacionales, concentrados unos frente a otros. Todas han ejercido la función de mercado. Todas han albergado al comercio establecido más importante. Todas son lugar de fiesta. Todas convocan a la reunión. Todas han sido el núcleo de mayor centralidad urbana. Por eso, como nos dice Rojas-Mix, las representaciones de las ciudades hispanoamericanas hasta finales del siglo XIX son mayoritariamente representaciones de plazas.[3] Y si bien los estereotipos siempre son peligrosos, no es este

[3] Rojas-Mix, *Plaza*, 1978, p. 193.

cualquier estereotipo; aunque la plaza mexicana no muestre la ciudad completa, por algo hasta finales del ochocientos las plazas mayores acaparan la imagen icónica de las ciudades.

Lo que escribe Carlos Monsiváis a propósito del Zócalo de la ciudad de México podemos hacerlo vigente, guardadas las proporciones, para cualquiera de las plazas mayores mexicanas:

> Estar en el Zócalo es sentirse feliz y orgullosamente local y por lo tanto, en la era posmoderna, renovadamente planetario. No aludo al chovinismo, sino a un sentimiento más complejo: el proveniente de las visiones panorámicas del pasado que se obtienen sin siquiera quererlo. Almacén de nostalgia, sede de las protestas, asiento de […] los poderes, confederación del desgaste integral y de los temores remodelados, el Zócalo es el espacio irrenunciable. […] por su condición accesible, sus usos múltiples, su rehabilitación continua del gregarismo, es democrático en el sentido más diáfano: aquello que, progresivamente, al admitir todos los ajetreos reales y alegóricos, nunca deja fuera a sus espectadores.[4]

En las páginas de este volumen, el lector encontrará historias de algunas de las plazas mayores de México. Con el estudio empírico de casos concretos, se analizan las formas en que las plazas mayores mexicanas se transformaron desde finales del siglo XVIII y hasta inicios del siglo XX, desde perspectivas diversas como son las del urbanismo y la arquitectura en la plaza, el uso social del espacio público, la plaza como lugar de conflicto, las imágenes simbólicas en la plaza y de la plaza, el papel de la plaza en la estructura urbana de la ciudad. Pero todas remiten al eje vertebral de este proyecto colectivo, es decir, las maneras en que se expresa, en el territorio de las plazas mayores mexicanas, la lucha entre la herencia colonial y las manifestaciones de la modernidad republicana y liberal.

III

Para un visitante y agudo observador, la descripción de los lugares centrales y las sociabilidades de la Cadereyta queretana y el Tequisquiapan mexiquense del siglo XIX, pasaba por fuerza por el recuento de sus plazas

[4] Monsiváis, *Maravillas*, 2012, p. 218.

mayores; la pobreza local en nada mermaba la omnipotencia de aquellas y la identidad comarcal que representaban. Y a la par de lo que sucedía en ciudades grandiosas y pujantes como Puebla y la ciudad de México, en ellas quedaba expuesta, concentrada y resumidamente, la estratificación social local. Con los nuevos paseos ajardinados y la música, el concepto de lo público fue reformulado intensificándose la interacción social en la plaza y su capacidad de convocatoria.

En Durango, los primeros solares de la ciudad se repartieron sin orden ni concierto y el Cabildo y la cárcel quedaron instalados sobre la plaza misma por falta de un espacio cerrándole la vista a la catedral. El Ayuntamiento cobraba derecho de piso a los arrieros que se instalaban para vender durante unos días, y por la plaza caminaban procesiones para pedir a la Corte celestial lluvias y protección contra el azote de los alacranes. El mercado se eliminó, se suprimieron las corridas de toros y se quitó el camposanto; se instaló la fuente pública con agua corriente, se abrieron un hotel, un banco y elegantes tiendas, y un kiosco sustituyó a una columna ornamental. Se construyó un nuevo palacio municipal y en la plaza se erigió una estatua de Guadalupe Victoria, cuando aquella llevaba amueblada y ajardinada varias décadas, y en cuyo paseo la gente mostraba sus riquezas y sus pobrezas por igual.

Un siglo después de que las normas de Felipe II llegaran a Nueva España, en Aguascalientes se advertía que la Plaza Mayor no se ajustaba a las ordenanzas reales. Sin embargo, se tenía muy clara la idea de que esta era el núcleo organizador de los espacios y la vida de la villa. Desde su origen, la gente se abasteció de agua en la plaza y el mercado se instalaba allí una o dos veces por semana, hasta que en el siglo XIX empezaron los primeros embates en su contra. Se colocó en su centro una columna monumental diseñada por el insigne arquitecto Tresguerras, medio siglo después se ajardinó, y más tarde la arquitectura circundante fue volviéndose variopinta. Se combinaron la explanada despejada y el jardín, la columna y el kiosco. Las viejas casas fueron ocupadas por tiendas, oficinas, un banco, hoteles, salones y cantinas. Pero las transformaciones promovidas por las elites locales no le hicieron perder a la plaza su carácter de referencia popular.

Puebla es un paradigma, uno de los ejemplos notables de una ciudad planificada. Elegido el sitio y bendecido con una misa de fundación, el proyecto renacentista se fue modificando con la práctica constructiva, sin que por ello la plaza perdiera sus rasgos geométricos y la grandiosidad de sus contornos porticados. La simetría y el equilibrio se alteraron con la disposi-

ción lateral de la catedral. Los comerciantes españoles abrieron sus comercios en los portales y los indios instalaron su tianguis en el suelo de la plaza. Las líneas arquitectónicas y urbanísticas se actualizaron con la evolución de los gustos estéticos y los dictados de las necesidades sociopolíticas de los tiempos. El espacio múltiple dio paso a la especialización de funciones excluyentes y a la ornamentación ajardinada y escultórica.

La plaza colonial se transformó en la plaza del despotismo real a fines del siglo XVIII en la ciudad de México. Después, todo fue cambio hasta que las Leyes de Reforma dejaron su huella más indeleble. En las viejas fotografías se descubren rasgos que los documentos y los testimonios no registran o consignan mal. Las placas fotosensibles son testimonios de las transfiguraciones morfológicas del Zócalo, y dan pistas para entender las visiones políticas, las ideas urbanísticas y las nuevas concepciones en el uso social del espacio. La transformación radical de la plaza en un paseo público confrontó los proyectos de las oligarquías con las prácticas que de él hizo espontáneamente el pueblo de la capital.

Un caso atípico parece el de Cuernavaca, con tres espacios en competencia por constituirse en Plaza Mayor. El patio de armas de un edificio fortificado, que fue residencia principal de uno de los marquesados más poderosos de Nueva España. A un lado, una plaza de mercado en la que se instaló el comercio establecido y los puestos del tianguis de los indios. Y un poquito más allá la alameda de Santa Catarina que se transformó sucesivamente en plaza de Maximiliano y jardín Juárez. La iglesia estaba en otro lugar, el Cabildo se instaló en la fortaleza del viejo palacio de Cortés, y aunque parece no haber apego claro al modelo, Cuernavaca organizó su espacio central con sus funciones de gobierno, de comercio y, finalmente, de paseo con kiosco y música.

La fundación de Oaxaca responde a las ordenanzas de 1573: damero perfecto, orientación correcta, plaza porticada, catedral, palacio de gobierno y Cabildo. Una tipología baja y sólida de las construcciones obligada por la sismicidad. Un enclave importantísimo en la historia política del país. Las novedades urbanas ingresaron a la ciudad por su Plaza Mayor, que durante 500 años ha sido el sitio de expresión de pugnas sociales y políticas manifiestas no sólo a través de acontecimientos, sino también en los proyectos urbanísticos y las actuaciones reformadoras de su plaza.

Las pretensiones del poder se han hecho manifiestas en la excéntrica plaza dentro del recinto amurallado de Campeche, junto al mar: proyectar signos de modernidad y progreso, y crear el símbolo de un pasado histórico

memorable. Escenario del acontecer cotidiano y de eventos excepcionales, en la plaza los ritmos han estado marcados por un clima inclemente, que la vacían en las horas de la canícula lo mismo que durante los chubascos marítimos, las depresiones tropicales y los huracanes. Carros, coches, tranvías y luz eléctrica se abrieron paso en la plaza. La reconversión a paseo se significó en su momento como un logro político, lo mismo que el kiosco para la banda de la gendarmería, removido después para destruir un símbolo. La remodelación del jardín con una nueva fuente transminó el interés por rescatar un pasado histórico, haciendo de la plaza a un tiempo marca del progreso y de la nostalgia.

La historia de la plaza de Villahermosa es una de rigores y zozobras. Piratas temibles, aislamiento, un sol abrasador, lluvias copiosas, ríos salidos de cauce que determinaron sociabilidades y quehaceres placeros. A la plaza le faltaron edificios de gobierno y administración pública; después se construyeron. No tuvo mercados ni comercio. Tuvo iglesia y después ya no la tuvo. Con todo y todo, fue el escenario de las manifestaciones políticas más importantes, de los castigos, de las reuniones, de los encuentros. Finalmente organizó su jardín con kiosco y serenatas, y se convirtió en el paseo principal a pesar de la competencia de una alameda cercana.

Y finalmente Orizaba, que empezó creciendo como caserío carretero sin Plaza Mayor, y que después definió una en un sitio intermedio entre el pueblo de españoles y uno de indios organizados en república. Plaza colonial con parroquia, Cabildo de indios y Cabildo de españoles mirándose de frente. Un espacio en disputa. Después, una plaza republicana que expulsó al mercado, se ajardinó y desapareció cuando se le construyó encima un nuevo palacio municipal de fierro como símbolo moderno de la era industrial. Pero como en México es inconcebible la ciudad sin Plaza Mayor, una vieja plazuela contigua fue inmediatamente ampliada y ataviada para convertirse por derecho propio en la que le hacía falta a Orizaba.

IV

Cada caso es único y extraordinario. Cada uno tiene sus tiempos, sus explicaciones, sus actores. Pero las especificidades, reunidas en un cuerpo regular como lo están en este trabajo, demuestran la existencia innegable de procesos comunes que componen una historia general y ordinaria. Una historia fascinante que manifiesta la vigencia de las plazas mayores de México,

capaces de acoplarse a la renovación urbana desde hace 500 años. Los prolegómenos dieciochescos y los grandes cambios decimonónicos transformaron la apariencia, y los funcionamientos. La plaza colonial se convirtió en la Plaza de la República. Y sin embargo, la metamorfosis reafirmó su centralidad y apuntaló viejas formas de sociabilidad. La plaza mayor fue reeditada.

Marc Bloch, en su conocido texto de reflexión sobre la labor del historiador, escribía que la historia es muy antigua como relato, pero muy moderna como empresa razonada de conocimiento.[5] Ojalá que con este libro colectivo, que reúne múltiples historias concretas, logremos la intención de ir más allá de la pura crónica, haciendo posible la reflexión sobre los procesos generales que han conformado las plazas de hoy, haciéndonos sus herederos.

Podremos darnos por satisfechos si, además, contribuimos en algo al señalar que sin el conocimiento de la historia larga de las plazas mayores, los agentes públicos y privados que tienen en sus manos las intervenciones renovadoras o de conservación en los centros históricos de las ciudades, corren el riesgo de cometer graves errores. Errores que podrían atentar contra el *abreviado epílogo de maravillas* de una plaza mayor: maravilla urbanística, maravilla arquitectónica, maravilla simbólica, maravilla discursiva, maravilla identitaria, maravilla cultural, maravilla social. En México, "la plaza nunca decepciona".[6] Su protección, como dijo Federico Mayor Zaragoza[7] al referirse a la salvaguarda del patrimonio mundial en términos generales, debe incumbir "solidariamente a la humanidad entera, depositaria indivisible de todas las creaciones que caracterizan a la aventura universal".[8] Y la protección sólo puede estar basada en la sensibilidad fundada en el saber.

BIBLIOGRAFÍA

Bloch, Marc, *Introducción a la historia*, México, FCE, 1958.

Bonet Correa, Antonio, *El urbanismo en España e Hispanoamérica*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1991.

Flandrau, Charles Macomb, *¡Viva México!*, México, CONACULTA, 1994 (edición original en inglés, 1908).

[5] Bloch, *Introducción*, 1958, p. 16.
[6] Flandrau, *Viva*, 1994, p. 180.
[7] Federico Mayor Zaragoza fue director general de la UNESCO de 1987 a 1999.
[8] Citado en Melé, *Producción*, 2006, p. 98.

La ciudad de México antes y después de la conquista, México, Departamento del Distrito Federal, 1983.

Melé, Patrice, *La producción del patrimonio urbano*, México, CIESAS, 2006.

Monsiváis, Carlos, *Maravillas que son, sombras que fueron. La fotografía en México*, México, CONACULTA/Museo del Estanquillo/Ediciones Era, 2012.

Rojas-Mix, Miguel Ángel, *La plaza mayor. El urbanismo, instrumento de dominio colonial*, Barcelona, Muchnik Editores, 1978.

Viera, Juan de, *Breve y compendiosa narración de la ciudad de México*, México, Instituto Mora, 1992.